

de honores y distinciones á Hernán Cortés y sus soldados.

Francisco de Montejo dió entonces la vuelta á México, y sus compañeros de armas, de los cuales había estado separado tres años, le recibieron con alborozo. Publicáronse los despachos que traía, y tan satisfechos quedaron todos del éxito de sus gestiones, que no tardaron en enviarle por segunda vez á la corte con motivo de nuevas dificultades que acababan de surgir en la Colonia. Todos los Ayuntamientos, establecidos ya en aquella época en las diversas poblaciones fundadas por los conquistadores, confirieron en aquella ocasión su poder á Montejo, y con tan honrosas pruebas de confianza se presentó por segunda vez á Carlos V hacia el año 1524 (17).

En este segundo viaje, el procurador de la Nueva España se ocupó mucho de sus asuntos particulares, que casi había olvidado en el anterior. Entonces sólo había conseguido la tenencia de una fuerza de Veracruz y un regimiento de la misma villa. Ahora se le confirieron nuevos honores, entre los cuales no debe olvidarse el de haber sido ennoblecido más de lo que lo era por nacimiento. Bernal Díaz, hablando de su vuelta á México, dice que *trujo don y señoría*, y Cogolludo se complace en dar una descripción detallada del escudo de armas que se le concedió (18). Pero la merced

(17) COGOLLUDO, obra citada, libro I, capítulo XII.

(18) Obra citada, libro I, capítulo XVI. «Que fuese un escudo, y que en el medio de la parte de arriba, á la mano derecha, hubiese una isleta cercada de mar y encima un león dorado en campo rosado, con unos granos de oro en señal de la isla de los Sacrificios, adonde salió cuando llegó á ella la armada de Juan de Grijalva. En la otra mitad del escudo, á la mano izquierda, á la parte de abajo siete panes de oro redondos en campo azul, en memoria del oro que le dieron los indios cuando en el mismo descubrimiento fué por capitán.... En la otra mitad de la parte superior del escudo, á la mano izquierda, un castillo dorado puesto en la Tierra Firme, á la costa de la mar, con tres banderas coloradas sobre el castillo, en señal de la fuerza de los indios y bandera que tenían. En la otra mitad inferior de la mano derecha, cinco banderas azules en campo dorado, en señal de las banderas que le dieron los indios, y que este escudo

más importante que entonces obtuvo Montejo de la corte fué la de conquistar y poblar la península de Yucatán, bajo bases de mucha honra y provecho para sí y sus herederos.

En los momentos en que, firmada ya la capitulación, se disponía á emprender su viaje para el Nuevo Mundo, se encontró en España con uno de sus antiguos camaradas, á quien quiso asociar á su empresa, y del cual hemos ofrecido hablar á nuestros lectores.

Alonso de Ávila era dos años menor que Montejo, con quien tenía muchos puntos de semejanza. Era, como éste, de rostro alegre, de conversación animada, franco con sus camaradas y amigo de regocijos. Poseía también esa compleción robusta con que los conquistadores de América pudieron desafiar todo género de privaciones y dificultades. Tenía un valor que rayaba en temerario, y sólo había en este conjunto un lunar, que deslucía en parte tan brillantes cualidades. Era discolorado; pocas veces estaba de acuerdo con las opiniones de los demás, y censuraba á menudo las órdenes de sus superiores. Gustaba poco de obedecer y mucho de mandar; tenía un orgullo que lastimaba á sus compañeros de armas, y aun le tildaban de envidioso (19).

Ignoramos el lugar de su nacimiento y la época en que pasó al Nuevo Mundo. Sábese únicamente que en 1518 se encontraba ya en Cuba, donde poseía una encomienda. Esta circunstancia le hacía pasar por rico en la isla, y contribuyó á los gastos que se erogaron en los viajes de Juan de Grijalva y Hernán Cortés. En ambas expediciones tuvo el mando de una de las naves, y en la última se le confió el delicado encargo de contador.

Las funciones anexas á su oficio no le impidieron batirse como soldado en la ardua empresa de conquistar el Imperio

tuviese por orla las trece estrellas doradas que eran sus armas antiguas, y que le coronase un yelmo abierto, con su timbre.»

(19) BERNAL DÍAZ, obra citada, capítulo CCVI.

de Moctezuma; y sus servicios fueron de tal importancia y magnitud, que sería necesario escribir la historia de aquella memorable campaña para hacer la biografía completa de nuestro héroe. Hernán Cortés, que conocía su valor indomable, le confiaba siempre las misiones más peligrosas, y fué uno de los capitanes que llevó consigo cuando tuvo la audacia de prender al emperador de México en su mismo palacio.

Hay en esta expedición un rasgo concerniente á Alonso de Ávila, cuya relación no debemos omitir, porque pinta admirablemente su carácter. Cuando Hernán Cortés, con una habilidad superior á todo elogio, hubo derrotado á Pánfilo Narváez, que con fuerzas superiores había ido á prenderle en el teatro mismo de sus hazañas, comenzó á repartir entre los vencidos, con el deseo de atraérselos, varias de las riquezas adquiridas en la expedición. Mandó además que se les devolviesen los caballos, armas y otras prendas que habían perdido en el combate, y con este motivo comenzaron á murmurar muchos de sus antiguos amigos, que nunca se creían bastantemente recompensados de sus servicios. Alonso de Ávila figuraba, como siempre, en el número de los descontentos; pero más audaz que sus compañeros de aventura, llamó aparte al general, y sin dejar de lisonjearle, porque le comparó á Alejandro Magno hasta en su ingratitud (20), le reprobó con áspera franqueza su conducta. Dijole que sus soldados, que habían participado con él de todos los peligros de la expedición, acababan de librarle de un gran peligro, ayudándole á vencer á Narváez, y que no era justo que se les despojase de las riquezas habidas en una tierra tantas veces regada con su sangre, para repartirlas entre unos advenedizos que pocos días antes habían desembarcado en el país con el ánimo de prenderle. Hernán Cortés respondió que sus amigos eran

(20) El mismo, capítulo CXXIV.

pocos y los de Narváez muchos; que aunque vencidos, eran todavía muy poderosos, y que necesitaba halagarlos con dádivas para atraerlos á sus filas y poder un día domar la bravura de los aztecas. Alonso de Ávila no quedó satisfecho con esta explicación, y tales fueron sin duda las palabras que mediaron en esta conferencia, que el general acabó por decir que si alguien estaba descontento de su servicio, podía retirarse del campamento.—Las mujeres de Castilla, añadió, han dado, por fortuna, y darán todavía á su patria, soldados que me ayuden en mi empresa.—Bien merecemos que nos tratéis de esa manera, replicó con sarcástica altanería Alonso de Ávila, y volvió las espaldas á su jefe.

Estas escenas eran muy frecuentes en la expedición, aunque pocas veces se reproducían con tanta franqueza como la anterior. Todas, sin embargo, terminaban de una manera uniforme. Hernán Cortés llamaba secretamente al quejoso, le ponía un puñado de oro en la mano y le hacía grandes ofertas para el porvenir. Alonso de Ávila no era menos sensible que sus camaradas á este género de demostraciones, y el hábil vencedor de Narváez tardó muy pocos días en disipar su enojo. No olvidó, á pesar de esto, la aventura, y aprovechó la primera oportunidad que se le presentó para alejar del campamento al turbulento capitán.

Después de aquella memorable jornada, conocida en la Historia con el nombre de la *Noche triste*, en que los españoles se vieron obligados á evacuar la ciudad de México, Hernán Cortés, privado de los auxilios de la madre patria, porque Montejo luchaba todavía en la corte contra la malevolencia de Fonseca, resolvió mandar una nueva embajada á la isla de Santo Domingo, cuyo gobierno estaba encomendado á unos frailes de la Orden de San Jerónimo, y en donde residía la primera Audiencia que hubo en el Nuevo Mundo. Alonso de Ávila fué el escogido para desempeñar esta misión, y probablemente se tenía tan poca fe en su

habilidad para esta clase de negocios, que le dieron por compañero á Francisco Alvarez Chico, hidalgo que poseía en alto grado aquella cualidad. No parece que la embajada fuese de las más honrosas; porque uno de los puntos que los comisionados debían gestionar era la dificultad de hacer indios esclavos y *herrarlos*, facultad que los benditos frailes jerónimos no tuvieron embarazo en conceder, con la única limitación de sujetarla á la aprobación de la corte.

Más de un año estuvo Alonso de Ávila separado del campamento, y cuando se efectuó su vuelta, se encontró á sus antiguos camaradas regiamente instalados en tierras que habían alcanzado en el repartimiento. Nuestro aventurero se llenó de envidia y de cólera, y arguyó que, habiéndose batido, como el que más, en el primer año de la expedición, tenía un *derecho* incontestable á los despojos del vencido. Hernán Cortés no supo qué responder á esta argumentación, y le hizo encomendero de *Cuautitlan*, bella población situada en una comarca pintoresca á pocas leguas de México.

Alonso de Ávila se hubiera quedado tal vez en su encomienda á descansar de sus fatigas, si su receloso jefe no hubiese encontrado otra oportunidad para alejarle. Hernán Cortés había triunfado de los aztecas, pero no de sus compatriotas. Llovían acusaciones contra él en la corte; y como estaba acostumbrado á ganar sus pleitos con oro, preparó un rico presente, capaz de ablandar á su ambicioso soberano. Compúsose éste de ochenta y ocho mil castellanos en barras de oro, de la recámara de Moctezuma, y de muchas joyas, entre las cuales había perlas grandes como avellanas, según Bernal Díaz. Alonso de Ávila y Antonio de Quiñones fueron los designados para poner estas fabulosas riquezas á los pies de Carlos V, con unas cartas en que los conquistadores encarecían sus servicios y pedían exageradas recompensas.

Confíáronse á los comisionados dos navíos, los cuales zar-

paron del puerto de Veracruz el 20 de diciembre de 1522 (21). Ningún incidente notable ocurrió á los viajeros hasta la isla Tercera, una de las Azores, en que Antonio de Quiñones, que amaba mucho los placeres sensuales, recibió de un rival celoso una cuchillada en la cabeza, de que á pocos días murió. Alonso de Ávila sepultó á su infortunado compañero y volvió á embarcarse. Pero estaba escrito que aquel viaje debía tener un fin desastroso. A pocas millas de las costas españolas, y cuando ya tal vez el comisionado empezaba á felicitarse del éxito de su embajada, sus naves se vieron repentinamente acometidas por el célebre Juan Florín, corsario francés. Alonso de Ávila se defendió con desesperación; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles ante la superioridad numérica de su enemigo. La flota cayó en poder del corsario, y los tesoros aztecas y su conductor fueron llevados á París.

Francisco I reinaba entonces en Francia; y aunque había oído ya hablar de las riquezas del Nuevo Mundo, se quedó deslumbrado ante las joyas y barras de oro que acababa de usurpar á su rival Carlos V. Entonces fué cuando prorrumpió en aquella célebre frase, repetida por muchos historiadores.—Quisiera conocer, dijo, la cláusula del testamento de nuestro padre Adán, en que hubiese repartido la mitad del mundo entre los reyes de España y Portugal.—Alonso de Ávila, que de seguro no pudo responder categóricamente á esta pregunta, fué encerrado en una fortaleza, con la esperanza tal vez de que el conductor de tan ricos tesoros podría pagar un fuerte rescate (22). Juan Florín, después de recibir las felicitaciones de su soberano, volvió á embarcarse y continuó sus hazañas. Pero muy pocas volvió á inscribir en su hoja de servicios, porque algún tiempo después fué apresado por una flota vizcaína que le

(21) El mismo, capítulo CLIX.

(22) El mismo, *ubi supra*.

perseguía, y terminó en una horca su borrascosa carrera.

Alonso de Ávila consiguió ablandar al gobernador de la fortaleza en que sufría su cautiverio, y por medio de éste hizo llegar á manos de Carlos V las cartas que había traído de México y una relación de los tesoros apresados. Parece que entonces se entablaron algunas negociaciones para conseguir la libertad del cautivo; pero éstas debieron ser tan lentas y de tan poca eficacia, que Alonso de Ávila no pudo volver á España sino hasta fines de 1526 ó principios de 1527.

Fué entonces cuando se encontró con Francisco de Montejo, quien le invitó á tomar parte en su empresa; y el incansable aventurero, deseoso sin duda de recobrar el tiempo perdido en las prisiones de Francia, aceptó sin vacilar sus proposiciones.

CAPÍTULO VII

1526-1529

Capitulación que Francisco de Montejo celebra con Carlos V para conquistar y colonizar la Península.—Puntos que comprendía.—Elementos de la primera expedición.—Desembarca en Yucatán.—Esfuerzos inútiles del Adelantado para atraerse á los mayas.—Batalla de Aké.—Residencia en Chichén Itzá.—Penalidades de la Colonia.—Nuevo combate con los naturales.—Los invasores se ven al fin obligados á huir, valiéndose de una estratagema.—Buscan refugio en Campeche.

Desde su primer viaje á la corte, en su calidad de procurador de la Nueva España, había comenzado D. Francisco de Montejo á gestionar la licencia para conquistar y colonizar la Península. Jerónimo de Aguilar le había hablado mucho de la fertilidad de la tierra, de los grandes edificios que había visto en ella y de la cultura relativa de sus habitantes. Es verdad que no había podido dar una noticia categórica sobre las minas de oro y plata, objeto casi exclusivo de los conquistadores; pero se disculpaba su ignorancia en este punto con la esclavitud á que estuvo siempre condenado; y las alhajas de ínfima clase que había visto en los adoratorios y entre los adornos de algunas señoras principales, autorizaban á creer que Yucatán, como toda la América descubierta hasta entonces, debía producir aquellos preciosos metales.

Las gestiones de Montejo quedaron terminadas el 8 de